

mio despues; es destreza de grandes políticos favorables antes de méritos; son prueba de hombres de obligacion. El favor así anticipado tiene dos eminencias, que con lo pronto del que da obliga más al que recibe; un mismo dón, si despues es deuda, antes es empeño. Sutil modo de transformar obligaciones, que la que habia de estar en el superior para premiar recae en el obligado para satisfacer. Esto se entiende con gente de obligaciones, que para hombres viles más sería poner freno que espuela anticipando la paga del honor.

Nunca partir secretos con mayores. Pensará partir peras y partirá piedras; perecieron muchos de confidentes; son éstos como cuchara de pan, que corre el mismo riesgo despues. No es favor del príncipe, sino pecho, el comunicarlo. Quiebran muchos el espejo porque les acuerda la fealdad; no puede ver al que le pudo ver, ni es bien visto el que vió mal. A ninguno se ha de tener muy obligado, y al poderoso menos; sea antes con beneficios hechos que con favores recibidos; sobre todo son peligrosas confianzas de amistad. El que comunicó sus secretos á otro hizo esclavo de él; y en soberanos es violencia que no puede durar; desean volver á redimir la libertad perdida, y para esto atropellarán con todo, hasta la razon; los secretos, pues, ni oírlos ni decirlos.

Conocer la pieza que le falta. Fueran muchos muy personas si no les faltara un algo, sin el cual nunca llegan al colmo del perfecto ser; nótese en algunos que pudieran ser mucho si repararan en bien poco; háceles falta la seriedad, con que deslucen grandes prendas; á otros la suavidad de la condicion, que es falta que los familiares echan presto de menos, y más en personas de puesto; en algunos se desea lo ejecutivo y en otros lo reportado; todos estos desaires, si se advirtiesen, se podrian suplir con facilidad, que el cuidado puede hacer de la costumbre segunda naturaleza.

No ser reagudo, más importa prudencial; saber más de lo que conviene en despuntar, porque las sutilezas comunmente quiebran, más segura es la verdad asentada; bueno es tener entendimiento, pero no bachillería; el mucho discurrir ramo es de cuestion; mejor es un buen juicio substancial, que no discurre más de lo que importa.

Saber usar de la necesidad. El mayor sabio juega tal vez de esta pieza, y hay tales ocasiones que el mejor saber consiste en mostrar no saber; no se ha de ignorar, pero sí afectar que se ignora; con los necios poco importa ser sabio, y con los locos cuerdo; hásele de hablar á cada uno en su lenguaje; no es necio el que afecta la necesidad, sino el que la padece; la sencilla lo es, que no la doble, que hasta esto llega el artificio; para ser bienquisto el único medio es vestirse la piel del más simple de los brutos.

Las burlas sufribles, pero no usarlas; aquello es especie de galantería, esto de empeño; el que en la fiesta se desazona, mucho tiene de bestia y muestra más; es gustosa la burla sobrada, saberla sufrir es argumento de capacidad; da pié el que se pica á que le repiquen; á lo mejor se han de dejar, y lo más se-

guro es no levantarlas; las mayores véras nacieron siempre de las burlas; no hay cosa que pida más atencion y destreza; antes de comenzar se ha de saber hasta qué punto de sufrir llegará el genio del sujeto.

Seguir los alcances. Todo se les va á algunos en comenzar y nada acaban; inventan, pero no prosiguen; inestabilidad de genio, nunca consiguen alabanza, porque nada prosiguen, todo pára en parar, si bien nace en otros de impaciencia de animo, tacha de españoles, así como la paciencia es ventaja de los belgas; éstos acaban las cosas, aquéllos acaban con ellas; hasta vencer la dificultad sudan, y conténtanse con el vencer; no saben llevar á cabo la victoria; prueban que pueden, mas no quieren; pero siempre es defecto de imposibilidad ó liviandad; si la obra es buena, ¿por qué no se acaba? y si mala, ¿por qué se comenzó? Mate, pues, el sagaz la caza, no se le vaya todo en levantarla.

No ser todo columbino; alternense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma. No hay cosa más fácil que engañar á un hombre de bien. Cree mucho el que nunca miente, y confía mucho el que nunca engaña. No siempre procede de necio el ser engañado, que tal vez de bueno; dos géneros de personas previenen mucho los daños, los escarmentados, que es muy á su costa, y los astutos, que es muy á la ajena. Muéstrese tan extremada la sagacidad para el recelo como la astucia para el enredo, y no quiera uno ser tan hombre de bien que ocasione al otro serlo de mal; sea uno mixto de paloma y de serpiente, no monstruo, sino prodigio.

Saber obligar. Transforman algunos el favor propio en ajeno, y parece, ó dan á entender, que hacen merced cuando la reciben; hay hombres tan advertidos que honran pidiendo y truecan el provecho suyo en honra del otro; de tal suerte trazan las cosas, que parezca que los otros les hacen servicio cuando les dan, trastrocando con extravagante política el órden de obligar; por lo menos ponen en duda quién hace el favor á quién; compran á precio de alabanzas lo mejor, y del mostrar gusto de una cosa hacen honra y lisonja; empeñan la cortesía haciendo deuda de lo que habia de ser su agradecimiento; de esta suerte truecan la obligacion de pasiva en activa, mejores políticos que gramáticos; gran sutileza ésta, pero mayor lo sería el entenderse, destrocando la necesidad, volviéndoles su honra y cobrando cada uno su provecho.

Discurrir tal vez á lo singular y fuera de lo comun arguye superioridad de caudal; no ha de estimar al que nunca se le opondrá, que no es señal de amor que le tenga, sino del que él se tiene: no se deje engañar de la lisonja pagándola, sino condenándola; tambien tenga por crédito el ser murmurado de algunos, y más de aquellos que de todos los buenos dicen mal; pésele de que sus cosas agraden á todos, que es señal de no ser buenas; que es de pocos lo perfecto.

Nunca dar satisfaccion á quien no la pedia, y aunque se pida, es especie de delito si es sobrada; el excusarse antes de ocasion es culparse; y el sangrarse en salud es hacer del ojo al mal y á la malicia; la ex-

cura anticipada despierta el recelo que dormia. Ni se ha de dar el cuerdo por entendido de la sospecha ajena, que es salir á buscar el agravio; entónces le ha de procurar desmentir con la entereza de su proceder.

Saber un poco más y vivir un poco menos; otros discurren al contrario; más vale el buen ocio que el negocio; no tenemos cosa nuestra sino el tiempo, donde vive quien no tiene lugar. Igual infelicidad es gastar la preciosa vida en tareas mecánicas que en demasía de las sublimes; ni se ha de cargar de ocupaciones ni de envidia; es atropellar el vivir y ahogar el ánimo; algunos lo extienden al saber, pero no se vive si no se sabe.

No se le lleve el último. Hay hombres de última informacion, que va por extremos la impertinencia; tienen el sentir y el querer de cera; el último sella y borra los demas; éstos nunca están ganados, porque con la misma facilidad se pierden; cada uno los tiene de su color; son malos para confidentes, niños de toda la vida, y así, con variedad en los juicios y afectos, andan fluctuando, siempre cojos de voluntad y de juicio, inclinándose á una y otra parte.

No comenzar á vivir por donde se ha de acabar. Algunos toman el descanso al principio, y dejan la fatiga para el fin; primero ha de ser lo esencial y despues, si quedáre lugar, lo accesorio; quieren otros triunfar antes de pelear; algunos comienzan á saber por lo que menos importa, y los estudios de crédito y utilidad dejan para cuando se les acaba el vivir; no ha comenzado á hacer fortuna el otro cuando ya se desvanece; es esencial el método para saber y poder vivir.

¿Cuándo se ha de discurrir al revés? Cuando nos hablan á la malicia; con algunos todo ha de ir al encuentro; el sí es no, y el no es sí; el decir mal de una cosa se tiene por estimacion de ella, que el que la quiere para sí la desacredita para los otros. No todo alabar es decir bien, que algunos por no alabar los buenos alaban tambien los malos, y para quien ninguno es malo, ninguno será bueno.

Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos; regla de gran maestro, no hay que añadir comentario.

Ni todo suyo ni todo ajeno, es una vulgar tiranía. Del querer todo para sí se sigue luego querer todas las cosas para sí; no saben éstos ceder en la más mínima ni perder un punto de su comodidad. Obligan poco, fianse de su fortuna y suele falsearles el arrimo. Conviene tal vez ser de otros para que los otros sean de él, y quien tiene empleo comun ha de ser esclavo comun, ó renuncie el cargo con la carga, dirá la vieja á Adriano. Al contrario otros, todos son ajenos, que la necesidad siempre va por demasías, y aquí, infeliz, no tiene dia ni áun hora suya, con tal exceso de ajenos, que alguno fué llamado el de todos. Áun en el entendimiento, que para todos saben y para sí ignoran; entienda el atento que nadie le busca á él, sino su interes en él y por él.

No allanarse sobrado en el concepto. Los más no estiman lo que entienden, y lo que no perciben lo ve-

neran. Las cosas, para que se estimen, han de costar; será celebrado cuando no fuere entendido. Siempre se ha de mostrar uno más sábio y prudente de lo que requiere aquel con quien trata para el concepto, pero con proporcion más que exceso, y si bien con los entendidos vale mucho el seso en todo, para los más es necesario el remonte; no se les ha de dar lugar á la censura ocupándolos en el entender. Alaban muchos lo que preguntados no saben dar razon, porque todo lo recóndito veneran por misterio, y lo celebran porque oyen celebrarlo.

No despreciar el mal por poco, que nunca viene uno solo; andan encadenados, así como las felicidades; van á la dicha y á la desdicha, de ordinario adonde más hay, y es que todos huyen del desdichado y se arriman al venturoso; hasta las palomas, con toda su sencillez, acuden al homenaje más blanco. Todo le viene á faltar á un desdichado; él mismo á sí mismo, el discurso y el conhorto. No se ha de despertar la desdicha cuando duerme; poco es un deslizar, pero síguese aquel fatal despeño sin saber dónde se vendrá á parar, que así como ningun bien fué del todo cumplido, así ningun mal del todo acabado. Para el que viene del cielo es la paciencia; para el que del suelo, la prudencia.

Saber hacer el bien poco y muchas veces; nunca ha de exceder el empeño á la posibilidad; quien da mucho no da, sino que vende. No se ha de apurar el agradecimiento, que en viéndose imposibilitado quebrará la correspondencia. No es menester más para perder á muchos que obligarlos con demasía; por no pagar se retiran y dan en enemigos de obligados. El ídolo nunca querría ver delante al escultor que lo labró, ni el empeño su bienhechor al ojo. Gran sutileza del dar que cueste poco y se desee mucho para que se estime más.

Ir siempre prevenido contra los descortesés, porfiados, presumidos y todo género de necios; encuéntranse muchos, y la cordura está en no encontrarse con ellos. Ármese cada dia de propósitos al espejo de su atencion, y así vencerá los lances de la necesidad; vaya sobre el caso y no expondrá á vulgares contingencias su reputacion; varon prevenido de cordura no será combatido de impertinencia. Es dificultoso el rumbo del humano trato por estar lleno de escollos del descrédito. El desviarse es lo seguro, consultando á Ulises de astucia. Vale aquí mucho el artificio deslizar; sobre todo eche por la galantería, que es el único atajo de los empeños.

Nunca llegar á rompimiento, que siempre sale de él descalabrada la reputacion. Cualquiera vale para enemigo, no así para amigo. Pocos pueden hacer bien, y casi todos mal. No anida segura el águila en el mismo seno de Júpiter el dia que rompe con un escarabajo; con la zarpa del declarado irritan los disimulados el fuego, que estaban á la espera de la ocasion; de los amigos maleados salen los peores enemigos. Cargan con defectos ajenos, el propio en su aficion; de los que miran, cada uno habla como siente, y siente como desea; condenando todos, ó en los principios falta de providencia, ó en los fines de es-

pera, y siempre de cordura; si fuere inevitable el desvío, sea excusable; ántes con tibieza de favor que con violencia de furor, y aquí viene bien aquello de una bella retirada.

Buscar quien le ayude á llevar las infelicidades. Nunca será solo, y ménos en los riesgos, que sería cargarse con todo el ódio; piensan algunos alzarse con toda la superintendencia y álzase con toda la murmuración; y de esta suerte tendrá quien le excuse ó quien le ayude á llevar el mal; no se atreven tan fácilmente á dos, ni la fortuna ni la vulgaridad, y áun por eso el médico sagaz, ya que erró la cura, no yerra en buscar quien, á título de consulta, le ayude á llevar el ataud; repártese el peso y el pesar, que la desdicha á solas se redobra para intolerable.

Prevenir las injurias y hacer de ellas favores; más sagacidad es evitarlas que vengarlas. Es gran destreza hacer confidente del que había de ser émulo; convertir en reparos de su reputación los que la amenazaban tiros; mucho vale el saber obligar, quita el tiempo para el agravio el que lo ocupó con el agradecimiento, y es saber vivir convertir en placeres los que habían de ser pesares; hágase confidencia de la misma malevolencia.

Ni será ni tendrá ninguno todo por suyo; no son bastantes la sangre ni la amistad, ni la obligación más aparente, que va grande diferencia de entregar el pecho ó la voluntad; la mayor unión admite excepción, ni por eso se ofenden las leyes de la fineza; siempre se reserva algún secreto para sí el amigo, y se recata en algo el mismo hijo de su padre; de unas cosas se celan con unos que comunican á otros, y al contrario, con que se viene uno á conceder todo y negar todo, distinguiendo los de la correspondencia.

No proseguir la necedad. Hacen algunos empeño del desacierto, y porque comenzaron á errar les parece que es constancia el proseguir; acusan en el foro interno su yerro y en el externo lo excusan, con que si cuando comenzaron la necedad fueron notados de inadvertidos, al proseguirla son confirmados en necios; ni la promesa inconsiderada ni la resolución errada inducen obligación; de esta suerte continúan algunos su primera grosería y llevan adelante su corteza; quieren ser constantes impertinentes. Saber olvidar más es dicha que arte. Las cosas que son más para olvidadas son las más acordadas; no sólo es villana la memoria para faltar cuando más fué menester, pero necia para acudir cuando no convendría; en lo que ha de dar pena es prolija, y en lo que había de dar gusto es descuidada; consiste á veces el remedio del mal en olvidarlo y olvidarse el remedio; conviene, pues, hacerla á tan cómodas costumbres, porque basta á dar felicidad ó infierno; exceptúanse los satisfechos, que en el estado de su inocencia gozan de su simple felicidad.

Muchas cosas de gusto no se han de poseer en propiedad. Más se goza de ellas ajenas que propias; el primer día es lo bueno para su dueño, los demás para los extraños; gózanse las cosas ajenas con doblada fruición, esto es, sin el riesgo del daño, y con el gusto de la novedad sabe todo mejor á privación; hasta

el agua ajena se miente néctar; el tener las cosas, á más de que disminuye la fruición, aumenta el enfado, tanto de prestallas como de no prestallas; no sirve sino de mantenellas para otras, y son más los enemigos que se cobran que los agradecidos.

No tenga días de descuido; gusta la suerte de pegar una burla, y atropellará todas las contingencias para coger desapercibido; siempre han de estar á prueba el ingenio, la cordura y el valor, hasta la belleza, porque el día de su confianza será el de su descrédito; cuando más fué menester el cuidado faltó siempre, que el no pensar es la zancadilla del perecer; también suele ser estratagema de la ajena atención coger al descuido las perfecciones para el riguroso exámen del apreciar. Sábense ya los días de la ostentación y perdónales la astucia; pero el día que ménos se esperaba, ése escoge para la tentativa del valer.

Saber empeñar los dependientes. Un empeño en su ocasión hizo personas á muchos, así como un ahogo saca nadadores; de esta suerte descubrieron muchos el valor, y áun el saber quedará sepultado en su recogimiento si no se hubiera ofrecido la ocasión, son los aprietos lances de reputación, y puesto el noble en contingencias de honra obra por mil. Supo con eminencia esta lección de empeñar la Católica reina Isabela, así como en todas las demás, y á este político favor debió el Gran Capitán su renombre, y otros muchos su eterna fama hizo grandes hombres con esta sutileza.

No ser malo de puro bueno; es lo que nunca se enoja; tienen poco de personas los insensibles; no nace siempre de indolencia, sino de incapacidad; un sentimiento en su ocasión es acto personal, búrlanse luego las aves de las apariencias de los bultos. Alternar lo ágrío con lo dulce es prueba de buen gusto; sola la dulzura es para niños y necios; gran mal es perderse de puro bueno en este sentido de insensibilidad.

Palabras de seda con suavidad de condición; atraviesan el cuerpo las jaras, pero las malas palabras el alma; una buena pasta hace que huelga bien la boca; gran sutileza del vivir, saber vender el aire; lo más se paga con palabras, y bastan ellas á desempeñar una imposibilidad; négociase en el aire con el aire, y alienta mucho el aliento soberano: siempre se ha de llevar la boca llena de azúcar para confitar palabras, que saben bien á los mismos enemigos; es el único medio para ser amable el ser apacible.

Haga al principio el cuerdo lo que el necio al fin. Lo mismo obra el uno que el otro; sólo se diferencia en los tiempos, aquél en su sazón y éste sin ella. El que se calzó el entendimiento al revés, en todo lo demás prosigue de ese modo; lleva entre piés lo que había de pener sobre su cabeza, hace siniestra de la diestra, y así es tan zurdo en todo su proceder, sólo hay un buen caer en la cuenta; hacen por fuerza lo que pudieran de grado; pero el discreto luego ve lo que se ha de hacer tarde ó temprano, y ejecútalo con gusto y con reputación.

Válgase de su novedad, que mientras fuere nuevo

será estimado. Aplace la novedad por la variedad universalmente; refréscase el gusto, y estimase más una medianía flamante que un extremo acostumbrado. Rózanse las eminencias y viénense á envejecer; y advierta que durará poco esa gloria de novedad, á cuatro días le perderán el respeto; sepa, pues, valerse de esas primicias de la estimación, y saque en la fuga del agrado todo lo que pudiera pretender, porque si se pasa el calor de lo reciente resfriarse la pasión y trocarse ha el agrado de nuevo en enfado de acostumbrado, y crea que todo tuvo también su vez y que pasó.

No condenar solo lo que á muchos agrada. Algo hay bueno, pues satisface á tantos, y aunque no se explica, se goza; la singularidad siempre es odiosa, y cuando errónea, ridícula, ántes desacreditará su mal concepto que el objeto; quedarse ha solo con su mal gusto; si no sabe topar con lo bueno disimule su corteza y no condene á bulto; que el mal gusto ordinariamente nace de la ignorancia; lo que todos dicen, ó es ó quiere ser.

El que supiere poco téngase siempre á lo más seguro en toda profesión, que aunque no le tengan por sutil, le tendrán por fundamental. El que sabe, puede empeñarse y obrar de fantasía, pero saben poco y arriesgarse es voluntario precipicio; téngase siempre á la mano derecha, que no puede faltar lo asentado; á poco saber camino real, y á toda ley, tanto del saber como del ignorar, es más cuerda la seguridad que la singularidad.

Vender las cosas á precio de cortesía, que es obligar más; nunca llegará el pedir del interesado al dar del generoso obligado; la cortesía no da, sino que empeña, y es la galantería la mayor obligación; no hay cosa más cara para el hombre de bien que la que se le da; es venderla dos veces y á dos precios: del valor y de la cortesía. Verdad es que para el ruin es algarabía la galantería, porque no entienden los términos del buen término.

Comprensión de los genios con quien trata. Para conocer los intentos, conocida bien la causa, se conoce el efecto, ántes en ella y después en su motivo. El melancólico siempre agüera infelicidades, y el maldiciente, culpas; todo lo peor se les ofrece, y no percibiendo el bien presente, anuncian el posible mal; el apasionado siempre habla con otro lenguaje diferente de lo que las cosas son; habla en él la pasión, no la razón, y cada uno según su afecto ó su humor, y todos muy lejos de la verdad; sepa descifrar un semblante y deletrear el alma en las señales, conozca al que siempre rie por falso y al que nunca por falso, recátase del preguntador, ó por fácil ó por notante; espere poco bueno del de mal gesto, que suelen vengarse de la naturaleza éstos, y así como ella los honró poco á ellos, la honran poco á ella; tanta suele ser la necedad, cuanto fuere la hermosura.

Tener la atractiva, que es un hechizo políticamente cortés; sirva el garbato galante más para atraer voluntades que utilidades, ó para todo; no bastan méritos, si no se valen del agrado, que es el que da la plausibilidad; el más práctico instrumento de la so-

beranía, un caer en picadura, es suerte, pero socorrerse del artificio, que donde hay gran natural, asienta mejor lo artificial; de aquí se origina la pía afición hasta conseguir la gracia universal.

Corriente, pero no indecente. No esté siempre de figura y de enfado, es ramo de galantería; hase de ceder en algo al decoro para ganar la afición común; alguna vez puede pasar por donde los más, pero sin indecencia; que quien es tenido por necio en público, no será tenido por cuerdo en secreto; más se pierde en un día genial, que se ganó en toda la seriedad; pero no se ha de estar siempre de excepción; el ser singular es condenar á los otros, ménos afectar melindres, déjense para su sexo, áun los espirituales son ridículos; lo mejor de un hombre es parecerlo, que la mujer puede afectar con perfección lo varonil, y no al contrario.

Saber renovar el genio con la naturaleza y con el arte; de siete en siete años dicen que se muda la condición, sepa para mejorar y realzar el gusto; á los primeros siete años entra la razón, entren después á cada lustro una nueva perfección; observe esta variedad natural para ayudarla, y esperar también de los otros la mejoría; de aquí es que muchos mudaron de porte, ó con el estado ó con el empleo; y á veces no se advierte, hasta que se ve el exceso de la mudanza; á los veinte años será pavon, á los treinta león, á los cuarenta camello, á los cincuenta serpiente, á los sesenta perro, á los setenta mona, y á los ochenta nada.

Hombre de ostentación. Es el lucimiento de las prendas. Hay vez para cada una; lógrese, que no será cada día el de su triunfo. Hay sujetos bizarros, en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar. Cuando la ostentativa se junta con la eminencia, pasa por prodigio. Hay naciones ostentosas, y la española lo es con superioridad. Fué la luz pronto lucimiento de todo el criado; llena mucho el ostar, suple mucho y da un segundo ser á todo, y más cuando la realidad se afianza. El cielo que da la perfección, previene la ostentación, que cualquiera á solas fuera violenta; es menester arte en el ostar. Aun lo muy excelente depende de circunstancias, y no tiene siempre vez. Salíó mal la ostentativa cuando le faltó su sazón; ningún realce pide ser ménos afectado, y perece siempre de este desaire, porque está muy al canto de la vanidad, y ésta del desprecio; ha de ser muy templada, porque no dé en vulgar, y con los cuerdos está algo desacreditada su demasia. Consiste á veces más en una elocuencia muda, en un mostrar la perfección al descuido, que el sabio disimulo es el más plausible alarde, porque aquella misma privación pica en lo más vivo á la curiosidad. Gran destreza suya no descubrir toda la perfección de una vez, sino por brújula ir la pintando y siempre adelantando. Que un realce sea empeño de otro mayor, y el aplauso del primero, nueva expectación de los demás.

Huir la nota en todo; que en siendo notados, serán defectos los mismos reales. Nace esto de singularidad, que siempre fué censurada; quédase solo el singular. Aun lo lindo, si sobresale, es descrédito; en

haciendo reparar ofende, y mucho más singularidades desautorizadas. Pero en los mismos vicios quieren algunos ser conocidos, buscando novedad en la ruindad para conseguir tan infame fama. Hasta en lo entendido, lo sobrado degenera en bachillería.

No decir al contradecir. Es menester diferenciar cuándo procede de astucia ó vulgaridad. No siempre es porfía, que tal vez es artificio. Atención, pues, á no empeñarse en la una ni despeñarse en la otra. No hay cuidado más logrado que en espías, y contra la ganzúa de los ánimos no hay mejor contratreta que el dejar por dentro la llave del recato.

Hombre de ley. Está acabado el buen proceder, andan desmentidas las obligaciones; hay pocas correspondencias buenas, al mejor servicio el peor galardón, á uso ya de todo el mundo. Hay naciones enteras proclibes al mal trato; de unas se teme siempre la traición, de otras la inconstancia y de otras el engaño; sirva, pues, la mala correspondencia ajena, no para la imitación, sino para la cautela. Es el riesgo de desquiciar la entereza á vista del ruin proceder; pero el varon de ley nunca se olvida de quién es por lo que los otros son.

Gracia de los entendidos. Más se estima el tibio sí de un varon singular, que todo un aplauso comun, porque regüeldos de aristas no alientan; los sabios hablan con el entendimiento, y así su alabanza causa una mortal satisfaccion. Redujo el juicioso Antígono todo el teatro de su fama á solo Cenon, y llamaba Platon toda su escuela á Aristóteles. Atienden algunos á sólo llenar el estómago, aunque sea de broza vulgar. Hasta los soberanos han menester á los que escriben, y temen más sus plumas que las feas los pinceles.

Usar de la ausencia, ó para el respeto ó para la estimacion. Si la presencia disminuye la fama, la ausencia la aumenta. El que ausente fué tenido por leon, presente fué ridículo parto de los montes; deslústranse las prendas si se rozan, porque se ve ántes la corteza del exterior que la mucha sustancia del ánimo. Adelántase más la imaginacion que la vista, y el engaño, que entra de ordinario por el oido, viene á salir por los ojos; el que se conserva en el centro de su opinion conserva la reputacion; que áun la Fé-nix se vale del retiro para el decoro y del seso para el aprecio.

Hombre de inventiva á lo cuerdo. Arguye exceso de ingenio, pero ¿cuál será sin el grano de demencia? La inventiva es de ingeniosos, la buena eleccion de prudentes. Es tambien de gracia, y más rara, porque el elegir bien lo consiguieron muchos, el inventar bien, pocos, y los primeros en excelencia y en tiempo. Es lisonjera la novedad, y si feliz, da dos reales á lo bueno. En los asuntos del juicio es peligrosa por lo paradojo, en los del ingenio loable; y si acertadas, una y otra plausibles.

No sea entremetido y no será desairado. Estímese, si quisiere que le estimen. Sea ántes avaro que pródigo de sí. Llegue deseado y será bien recibido. Nunca venga sino llamado, ni vaya sino enviado. El que se empeña por sí, si sale mal se carga todo el odio sobre sí; y si sale bien, no consigue el agrade-

cimiento. Es el entretenimiento terrero de desprecios, y por lo mismo que se introduce con desvergüenza, es tripulado en confusion.

No perecer de desdicha ajena. Conozca al que está en el lodo, y note que le reclamará para hacer consuelo del recíproco mal. Buscan quien les ayude á llevar la desdicha, y los que en la prosperidad le daban espaldas, ahora la mano. Es menester gran tiento con los que se ahogan, para acudir al remedio sin peligro.

No dejarse obligar del todo ni de todos, que sería esclavo y comun. Nacieron unos más dichosos que otros, aquéllos para hacer bien, y éstos para recibirle. Más preciosa es la libertad que la dádiva, porque se pierde. Guste más que dependan de él muchos, que no depender él de uno. No tiene otra comodidad el mando, sino el poder hacer más bien. Sobre todo, no tenga por favor la obligacion en que se mete, y las más veces la diligenciará la astucia ajena para prevenirle.

Nunca obrar apasionado, todo lo errará. No obre por sí quien no está en sí, y la pasion siempre destierra la razon. Sustituya entónces un tercero prudente, que lo será, si desapasionado. Siempre ven más los que miran que los que juegan, porque no se apasionan. En conociéndose alterado, toque á retirar la cordura; porque no acabe de encenderse la sangre, que todo lo ejecutará sangriento, y en poco rato dará materia para muchos dias de confusion suya y murmuracion ajena.

Vivir á la ocasion. Es gobernar; el discurrir todo ha de ser al caso. Querer cuando se puede, que la sazón y el tiempo á nadie aguardan. No vaya por generalidades en el vivir, si ya no fuere en favor de la virtud; ni intime leyes precisas al querer, que habrá de beber mañana del agua que desprecia hoy. Hay algunos tan paradójicamente impertinentes, que pretenden que todas las circunstancias del acierto se ajusten á su manía, y no al contrario; mas el sabio sabe que el norte de la prudencia consiste en portarse á la ocasion.

El mayor desdoro de un hombre es dar muestras de que es hombre; déjanle de tener por divino el día que le ven muy humano. La liviandad es el mayor contraste de la reputacion. Así como el varon recatado es tenido por más que hombre, así el liviano por ménos que hombre. No hay vicio que más desautorice, porque la liviandad se opone frente á frente á la gravedad. Hombre liviano no puede ser de sustancia, y más si fuere anciano, donde la edad le obliga á la cordura; y con ser este desdoro tan de muchos, no le quita el estar singularmente desautorizado.

Es felicidad juntar el aprecio con el afecto; no ser muy amado, para conservar el respeto; más atrevido es el amor que el odio; aficion y veneracion no se juntan bien, y aunque no ha de ser uno muy temido ni muy querido. El amor introduce la llaneza, y al paso que ésta entra, sale la estimacion. Sea amado ántes apreciativamente; que afectativamente es amor muy de personas.

Saber hacer la tentativa. Compita la atencion del

juicioso con la detencion del recatado. Gran juicio se requiere para medir el ajeno. Más importa conocer los genios y las propiedades de las personas, que de las hierbas y piedras. Accion es ésta de las más sutiles de la vida; por el sonido se conocen los metales, y por el habla las personas; las palabras muestran la entereza, pero mucho más las obras. Aquí es menester el extravagante reparo, la observacion profunda, la sutil nota y la juiciosa crisis.

Venza el natural las obligaciones del empleo, y no al contrario. Por grande que sea el puesto, ha de mostrar que es mayor la persona. Un caudal con ensanches vase dilatando y ostentando más con los empleos. Fácilmente le cogerán el corazon al que le tiene estrecho, y al cabo viene á quebrar con obligacion y reputacion. Preciábase el grande Augusto de ser mayor hombre que príncipe; aquí entra la alteza de ánimo, y áun aprovecha la confianza cuerda de sí.

De la madurez. Resplandece en el interior, pero más en las costumbres; la gravedad material hace precioso al oro, y la moral á la persona; es el decoro de las prendas, causando veneracion. La compostura del hombre es la fachada del alma. No es necedad con poco meneo, como quiere la ligereza, sino una autoridad muy sosegada; habla por sentencias, obra con aciertos. Supone un hombre muy hecho, porque tanto tiene de persona, cuanto de madurez; en dejando de ser niño comienza á ser grave y autorizado.

Moderarse en el sentir. Cada uno hace concepto segun su conveniencia, y abunda de razones en su aprension. Cede en los más el dictámen al afecto. Acontece el encontrarse dos contradictoriamente, y cada uno presume de su parte la razon; mas ella fiel, nunca supo hacer dos caras. Proceda el sabio con reflexa en tan delicado punto, y así el recelo propio reformará la calificacion del proceder ajeno. Póngase tal vez de la otra parte, examínele al contrario los motivos; con esto, ni le condenará á él, ni se justificará á sí tan á lo desalumbrado.

No hazañero, sino hazañoso. Hacen muy de los hacendados los que ménos tienen para qué. Todo lo hacen ministerio con mayor frialdad. Camaleones del aplauso, dando á todos hartazgo de risa. Siempre fué enfadosa la vanidad, aquí reida. Andan mendigando hazañas las hormiguillas del honor. Afecte ménos sus mayores eminencias. Conténtese con hacer, y deje para otros el decir. Dé las hazañas, no las venda; ni se han de alquilar plumas de oro, para que escribas lodo, con asco de la cordura. Aspire ántes á ser héroico que á sólo parecerle.

Varon de prendas, y majestuosas. Las primeras hacen los primeros hombres, equivale una sola á toda una mediana pluralidad. Gustaba aquél que todas sus cosas fuesen grandes, hasta las usuales alhajas; cuan-

to mejor el varon grande, debe procurar que las prendas de su ánimo lo sean. En Dios todo es infinito, todo inmenso; así en un héroe todo ha de ser grande y majestuoso; de suerte que todas sus acciones, y áun razones, vayan revestidas de una transcendente grandiosa majestad.

Obrar siempre como á vista. Aquél es varon remirado, que mira que le miran ó que le mirarán. Sabe que las paredes oyen, y que lo mal hecho revienta por salir. Aun cuando solo, obra como á vista de todo el mundo, porque sabe que todo se sabrá; ya mira como á testigos ahora á los que por la noticia lo serán despues; no se recataba de que le podian registrar en su casa desde las ajenas el que deseaba que todo el mundo le viese.

Tres cosas hacen un prodigio, y son el dón máximo de la suma liberalidad, ingenio fecundo y juicio profundo, y gusto relevantemente jocundo. Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien. Entendimiento del bueno. El ingenio no ha de estar en el espinazo, que sería más laborioso que agudo. Pensar bien es el fruto de la racionalidad. A los veinte años reina la voluntad, á los treinta el ingenio, á los cuarenta el juicio. Hay entendimientos que arrojan de sí luz, como los ojos del linco, y en la mayor oscuridad discurren más. Haylos de ocasion, que siempre topan con lo más á propósito; ofrecéseles mucho y bien, felicísima fecundidad. Pero un buen gusto sazona toda la vida.

Dejar con hambre; hase de dejar en los labios áun con el néctar. Es el deseo medida de la estimacion; hasta la material sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla; lo bueno, si poco, dos veces bueno. Es grande la baja de la segunda vez; hartazgos de agrado son peligrosos, que ocasionan desprecio á la más eterna eminencia. Unica regla de agradar, coger el apetito picado con el hambre con que quedó. Si se ha de irritar, sea ántes por impaciencia del deseo que por enfado de la fruicion; gústase al doble de la felicidad penada.

En una palabra, santo, que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. Tres eses hacen dichoso, santo, sano y sabio; la virtud es sol del mundo menor, y tiene por hemisferio la buena conciencia. Es tan hermosa, que se lleva la gracia de Dios y de las gentes. No hay cosa amable, sino la virtud, ni aborrecible, sino el vicio; la virtud es cosa de véras, todo lo demas de burlas; la capacidad y grandeza se ha de medir por la virtud, no por la fortuna. Ella sola se basta á sí misma; vivo el hombre, le hace amable, y muerto, memorable.